



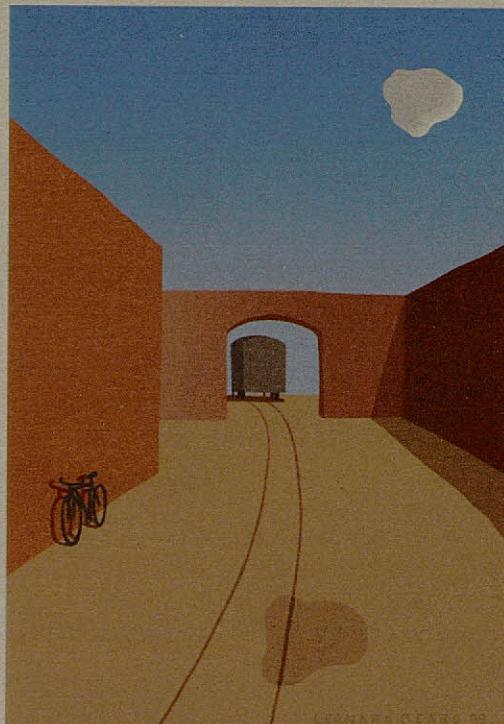
Lágrimas de cine

Lloramos más porque la vida es bella que por la mala vida

En su maravillosa canción *Palabras para Julia*, interpretada hace años por Paco Ibáñez, el poeta José Agustín Goytisolo se dirigía a su hija y le decía entre otras cosas: "La vida es bella. Ya verás cómo, a pesar de los pesares, tendrás amigos, tendrás amor. Tendrás amigos". La amistad es una necesidad del niño, una afirmación de la juventud y un enigma de la madurez. Pero haciendo bueno el poema de Goytisolo hay que convenir que la amistad y el amor hacen que la vida sea, al menos en algunos momentos memorables, enormemente bella. Y si como se nos dice en el refranero *quien bien te quiere, te hará llorar*, es evidente que los ciudadanos tenemos la oportunidad de hacernos con un amigo nuevo llamado Roberto Benigni, autor e intérprete de una de las películas candidatas a varios Oscar, titulada precisamente como el verso del poeta: *La vida es bella*.

Roberto Benigni nos ha hecho llorar seguramente porque nos quiere bien. No nos quiere a nosotros uno a uno. A quien quiere Benigni es al conjunto de la especie humana. La quiere tanto que nos monta una fábula para evitar que un niño --y todos somos niños ante la barbarie-- pueda llegar a intuir el horror inhumano de un campo de concentración.

Cuando se encienden las luces de la sala poca gente se levanta enseguida. Se aprovechan los títulos de crédito para enjuagarse las lágrimas, para recomponer los ojos y para poner cara de críticos racionales. ¿No habíamos quedado que era una fábula? Pues, ¿para qué llorar? Y lo dicen como si en algún lugar de nuestro organismo hubiera una caja fuerte con las lágrimas rigurosamente contadas y preparadas para ocasiones auténticamente reales. ¿Llorar en el cine? Menuda ma-



Debería crearse un nuevo Oscar a los efectos emocionales que premiara al narrador capaz de mostrar al hombre tal cual es

nera inútil de deshidratarnos.

Y, sin embargo, las lágrimas cinematográficas van inundando poco a poco las plateas. De la misma manera que se han mejorado los efectos especiales, también se percibe en el cine que va llegando una auténtica orfebrería de afectos también muy especiales. Entre los espectadores de ciertas películas la situación está en empate: a un lado los que no nos cortamos a la hora de llorar. Al

otro, los que se pasan la película tragando saliva y limpiándose las gafas para negar la evidencia. Esos apagallatos ignoran que el llorar no es doloroso, sino que el dolor y la soledad vienen cuando el cuerpo nos pide llorar y no le dejamos. Las penas, reales y ficticias, hay que llorarlas con la cara bien alta, porque la pena forma parte de la vida. Y, sin las penas de la vida, ¿cómo podríamos llegar a la gozosa conclusión de que la vida, a pesar de los pesares, es así de bella?

Hay que ser muy rebuscado para insistir en la maquiavélica intención de la industria cinematográfica fomentando el rodaje de películas lacrimógenas. Se parte de la base de que la lágrima es una debilidad del espíritu cuando en realidad es la evidencia máxima de que el espíritu existe.

Sólo por eso debería crearse un nuevo Oscar a los efectos emocionales, un galardón que premiara la habilidad del narrador en sacar al hombre común y desnudo que habita dentro de tantos hombres vestidos con la coraza de su supuesta virilidad. No se trataría de un Oscar a una sola película, sino de un Oscar colectivo --como colectivas son las lágrimas del cine-- que aglutinara la cosecha de emociones físicas que un arte tan descaradamente físico como es el cine habría recolectado a lo largo de la temporada.

La vida es bella es una película para gozar y para dejarse llorar. Y en el recipiente de las lágrimas oscuras se acumulan los sollozos de *La buena estrella*, la apoteosis navideña de *¡Qué bello es vivir!*, la destilación sentimental de *Los puentes de Madison* o de *Enamorarse*. Hay un cine de la emoción, porque no somos de acero inoxidable. Hay un cine para llorar, porque la vida no nos deja llorar demasiado. Hay un cine para sentir la vida, porque a veces no tenemos el valor de ir a por ella. ¶